**Violencia familiar y en la fratría: flexibilidad del encuadramiento psicoanalítico**

Maria Cecilia Carvalho (médica /doutora en ciencias de la salud - UFRJ)

Creuza Azevedo (psocóloga/ doutora en psicología UFRJ)

**Introducción**

En este trabajo, se discuten los resultados preliminares de una investigación clínica sobre tratamiento psicoterápico psicoanalítico de núcleos familiares en los cuales la violencia interfiere en las relaciones fraternas, enfocando la discusión en la configuración de los dispositivos clínicos más adecuados para atención. El caso presentado involucra violencia familiar en contexto de precariedad social, y el manejo de la situación analítica es aún más complejo, porque el comportamiento violento del hermano mayor trae riesgo a la seguridad de la familia. Las sesiones se iniciaron a partir de la queja de abuso sexual de un niño pequeño por su hermano de 13 años. La investigación reveló, además, la existencia de intimidad sexual entre ese último y una hermana. Frente a eso, se optó por la atención individual de los tres niños hasta el momento propicio para proponerse un encuadramiento en el que se intercalara sesiones de psicoterapia individual y familiar y se apostó en la constitución del vínculo transferencial de los niños con sus terapeutas como forma de facilitar la mediación de las sesiones familiares.

**La llegada**

En diciembre de 2017, recibimos en el sector de psicología del IFF el encaminamiento de Téo, un niño de cuatro años que se quejaba a la madre de abuso sexual realizado por André, su hermano mayor. Según el niño, el adolescente de 13 años "colocó el palo de él en mi trasero". Irene, madre de los niños, nos pidió ayuda para lidiar con la dificultad que venía enfrentando en familia a causa del mal comportamiento de André, que influía en toda la dinámica familiar. Tres años antes había descubierto a André y a su hermana Lúcia, un año más joven, manteniendo intimidad sexual y, frente a lo ocurrido, pidió ayuda al Consejo Tutelar, que encaminó al niño para tratamiento en un servicio de atención psicosocial, en el que permaneció por más de un año.

Irene es una mujer pequeña y delgada, con las marcas de la pobreza estampadas en su cara, disfrazadas por el lápiz labial en los labios y los pendientes con los que se arregla. Dice tener 33 años, seis hijos, siendo que los dos mayores, André y Lúcia, son del primer marido. Con David, su actual compañero, tiene otra niña, dos niños gemelos y Téo, el niño enviado para tratamiento. Además de ellos, tuvo un bebé, que murió a consecuencia de una neumonía. Relata el episodio con tristeza y dice que él era sano y que quizás pudiese haber vivido. Irene y David son recolectores de lata, viven de su venta y la familia tiene una condición social muy precaria. Los niños están matriculados en la escuela, pero la negativa de André a asistir a las clases ha sido un obstáculo para la recepción de la ayuda financiera a la que tienen derecho por la situación de pobreza.

Irene se esfuerza por dar lo mejor a los hijos y André es el centro de sus preocupaciones. Además de rehusarse a asistir a la escuela, el niño es acusado de estar robando, en la vecindad, pájaros, gasolina, celulares y pequeñas sumas de dinero, ya habiendo sido amenazado de muerte. Irene cuenta que la asistente social sugirió que André fuera entregado al padre o encaminado a un refugio, pero ella no va a desistir de cuidar de su hijo. Después de la conversación con Irene, combinamos que André, Lúcia y Téo serían atendidos quincenalmente, en sesiones individuales de psicoterapia.

**Los hijos de Irene**

André es un adolescente fuerte, con cabellos grandes y rizados. En el primer contacto con su terapeuta, estaba cerrado, hostil, pero aceptó la invitación para tomar un refresco en el comedor de la institución y, con eso, la conversación comenzó a fluir. En los dos primeros encuentros, sólo se trataron asuntos amenos y no se habló de los motivos que precipitaron la petición de tratamiento, pero en la tercera sesión, el tema "cuidar de pájaros" permitió al terapeuta abordar el robo de pájaros que tanto preocupaba a su madre.

André se anima, al hablar de pajaritos. Conoce a todos: mochuelo, saltador de garganta canela, *sanhaço* y hace una lista de los pajaritos que ya tuvo. Sabe hacer trampas, sabe arrestar a los pájaros y cuenta como los amansa: lo lleva a la mata, deja suelto en una habitación cerrada y pone en el dedo, cuando él cansa. Habla de sus bichitos que murieron por mal de ojo de los demás y cuenta que sorprendió a un niño queriendo robar su pajarito, golpeó a ese niño y lo puso para correr.

Las descripciones son minuciosas, vívidas, hechas con una intensa alegría. André sabe el valor de cada ave y hace negocios con ellas. Él dice que estaba con un mochuelo cantando, hizo un rollo con él porque estaba sin dinero y necesitaba venir aquí. Eso le dió 30 reales.

Otra pasión son los cometas. Describe con minucias los detalles técnicos de su confección, contando con alegría sus proezas en las disputas en festivales de cometa, sus victorias, derrotas y revanches. Además de los pajaritos y los cometas, tiene el fútbol. A lo largo del año, André contó sus peripecias en el campo. Describe sus jugadas y dice que su apodo es Usain Bolt, pues nadie corre más que él. Sus descripciones están acompañadas de una gestualidad exuberante, que dá al terapeuta la impresión de una ilación fálica en un espacio aéreo ilimitado. En muchas sesiones, el analista intenta traer esa actividad a la mesa, buscando localizar los espacios, dibujando mapas de los campos de fútbol, del lugar donde suelta cometas, de los bosques donde encuentra los pajaritos.

La vivacidad de André al hablar de pajaritos, pipas y fútbol contrasta con su semblante cerrado cuando el asunto es su relación con la madre y las quejas de ella sobre su mal comportamiento. En general, no le gusta hablar de su vida en casa, pero, en un día determinado, comentó que sus hermanos rompieron su móvil y que eso lo dejó con mucha rabia, con mucho odio de ellos. Él tampoco quiere hablar sobre el abandono de la escuela, pero acaba aceptando el abordaje del terapeuta sobre ese tema y se ríe cuando éste dice que André es muy bravo! Con avances y retrocesos, André se mantiene en tratamiento desde febrero del año pasado.

Lúcia tiene 12 años, está entrando en la pubertad, ya tiene forma de chica. En el inicio del primer encuentro, en presencia de Irene, la terapeuta habló con Lúcia que su madre nos había buscado por estar preocupada por problemas en la familia, relacionados con el comportamiento de su hermano André. La niña permaneció en silencio, de cabeza baja y, a continuación, la terapeuta pidió que la madre se retirara, para iniciar la sesión.

A Lúcia le gusta la compañía de los hermanos, especialmente de la hermana de ocho años, y contó que no fue bien en los estudios y que va a repetir la cuarta serie (su terapeuta constató que ella presenta gran dificultad en la lectura y que su escolarización es prácticamente inexistente). La niña tiene buenas amigas, pero ya tuvo problemas de relación en la escuela, cuando las colegas implicaban con ella, debido a la marca de quemadura en su cara, causada por un descuido de su padre. En sus sesiones, Lúcia utiliza papel y bolígrafos para dibujar, mientras habla. Sus dibujos son expresivos; son rostros, muñecos y paisajes, bien coloreados.

Téo es un niño muy bonito, con ojos grandes, piel color de chocolate y dientes de leche estropeados por la falta de cuidado. Es elegante, afable y se comunica bien, a pesar de tener el discurso bastante atrasado para un niño de su edad. Luego en el primer encuentro, Téo permaneció en el consultorio sin la presencia de la madre y se encantó con el armario de juguetes. A él le gustan las herramientas y las usa para "arreglar" la mesa y la puerta, como lo hace cuando ayuda a su padre, y le gustan las cacerolitas con las que "cocina" fideos y "sopa loca" para la familia.

En la octava sesión, Téo hizo un pastel con masa de modelar para conmemorar su cumpleaños y pidió que se llamara a la familia para cantar las mañanitas para él. André se resistió, pero acabó de acuerdo con el juego y todos se divertían bastante con la alegría del niño. A lo largo del año, repitió las actividades en casi todas las sesiones y se mostró especialmente satisfecho en preparar las comidas para la familia. En la última sesión, Téo compartió su espacio con la hermana de ocho años, que había venido a hacer compañía a la familia, y se mostró bastante contrariado por tener que dividir los juguetes con ella, dejando de dirigirse a la terapeuta. Oyó callado la explicación de que la hermana hacía una visita y que en las siguientes sesiones él volvería a encontrarse con la terapeuta sin la presencia de otras personas. Con eso, el niño volvió a jugar y aprovechar la sesión.

**El cambio del encuadre: los tres encuentros familiares**

Después del encuentro en que Téo hizo el pastel para celebrar su cumpleaños con la familia, decidimos que era hora de hacer la primera sesión con todos los miembros involucrados en el tratamiento. A partir de octubre, ocho meses después del inicio de las sesiones, Irene, André, Lúcia y Téo participaron en una serie de tres encuentros, con la presencia de sus terapeutas.

Irene inició el primer encuentro, contando que Lúcia tiene muchas dificultades de aprendizaje, no siendo capaz de hacer operaciones simples de matemáticas y que sufre *bullying* por ser hija de catadora y tener una marca de quemadura en la cara. También dijo que todos los hijos son discriminados en la escuela y que ya fueron molestados por otros niños en la calle.

Ante el discurso de su madre, André afirma que él también tuvo dificultades de relación con colegas en la escuela y, a partir de ese momento, asume el protagonismo en la sesión, pasando a hablar de sí. Dijo que cuando llega a casa y todo está muy quieto, empieza a pensar en cómo puede perturbar a los demás y contó que hace amigos en la calle y siempre conversa con las personas que encuentra. André estaba animado y dijo que le gusta salir con su madre, pues salen abrazados y la gente hasta piensa que los dos son novios. Irene contó que André siempre quiso todo para sí e que mamó hasta los cuatro años, mientras que Lúcia, un año más joven, sólo mamó durante dos meses, porque él la impedía de mamar, queriendo el seno para sí. Durante casi toda la sesión, Lúcia permaneció quieta, dibujando de cabeza baja, y Téo intentó llamar la atención para sí, haciendo ruido e implicando con Lúcia. Irene no interfirió y permaneció con la atención vuelta hacia André.

En la siguiente sesión, Irene mostró fotos de sus otros hijos, hermana, madre y sobrinos. Dijo que su suegro amenaza con expulsar a André de su terreno y los hijos complementaron, diciendo que el marido de Irene también es muy violento y pelea mucho con ellos – el hombre no es padre de André y Lúcia – y también con sus propios hijos. Irene se quejó que André no deja a nadie quieto, lo que es confirmado por el chico, que dijo que el silencio le molesta mucho y se aflige cuando la familia está tranquila, por lo que arregla pelea con todo el mundo.

En el tercer encuentro con la familia, André no estaba presente, pues había salido de casa la víspera y no regresó. Irene pasó buena parte de la sesión narrando las terribles dificultades de su día a día. El suegro la amenaza de desalojo y dice que también va a expulsar a Lúcia, aunque ella le ayude bastante. La niña escuchaba en silencio y Octávio le pidió que hablara de lo que sentía al enfrentar esas dificultades, pero ella respondió que estaba todo bien. Téo pasó a ocupar nuestra atención, al ofrecernos las salchichas que produjo con masa de modelar y Octávio entró en el juego, haciendo los "panes para el pancho".

Hasta el momento, Irene demuestra mucha fuerza para enfrentarse a las adversidades. Nosotros acogemos sus quejas y la ayudamos en la obtención de los beneficios de la protección social a los que tiene derecho. Además, reiteramos la importancia de su perseverancia en la continuidad del tratamiento psicoterápico de los hijos.

**Discusión**

Dos cuestiones se destacan en el conjunto de las observaciones de las sesiones y se las traerá para el análisis preliminar. La primera se refiere al papel del hijo menor en el contexto familiar. Téo, que fuera el disparador de las atenciones a sus hermanos por la denuncia de la violencia fraterna, también nos dió el señal de la llegada del momento del inicio de las sesiones familiares, cuando, al preparar una fiesta para la familia, nos remitió al hecho de que la presencia regular de todos estaba vinculada a una cuestión localizada en el corazón de las relaciones familiares, y que esta ya podría ser trabajada en el grupo.

Aunque sea muy pequeño, en la expresión de sus juegos Téo revela un apurado sentido de pertenencia a su familia y demuestra un aprecio especial por el cuidado del grupo. Otra observación interesante es que Téo aprecia mucho el espacio y el tiempo dedicado a él en su tratamiento, lo que puede ser notado cuando hubo una quiebra en el encuadre, con la participación de su hermana de nueve años en su sesión. Téo mostró su desagrado al no querer dividir los juguetes con ella y optar por quedarse quieto, de cabeza baja, en un rincón de la sala. Aceptó cambiar su actitud cuando se le dijo que esa situación fuera especial y que no se repetiría más. La situación sirvió como alerta para la importancia de la reflexión sobre la flexibilidad del encuadre en el modelo de tratamiento propuesto, que deberá involucrar sesiones individuales y familiares de forma alternada, sin afectar la integridad de la relación transferencial con su terapeuta.

La segunda cuestión se relaciona con el lugar del hijo mayor en el seno de la familia. André desbancó a su hermana menor, le tomó el pecho cuando era bebé y sigue siendo el centro de atención de la madre y del resto de la familia. Todos gravitan alrededor de él, sea por temor a su presencia agresiva, que perturba el silencio de los hermanos por no soportar la quietud, sea por temor a su desaparición, que puede suceder en cualquier momento, debido a su manera arriesgada de llevar la vida. La violencia omnipresente en las relaciones familiares es el paradigma de la existencia de André.

Ciccone (2003) al tratar de los lazos tiránicos, nos indica un camino para la comprensión del funcionamiento de André como hijo omnipotente y tiránico, que impone la ley e controla a su madre y sus hermanos, manteniéndose viril y sin contacto con su propia fragilidad. Ciccone comprende la tiranía como un silenciamiento, una defensa contra el desamparo y la dependencia. Las acciones abusivas de André contra sus hermanos quizás ilustren de forma emblemática el camino subjetivo que se construyó y favoreció sus comportamientos perversos, probablemente venidos de su experiencia de abandono e intrusión, a partir del nacimiento de Lúcia.

Octavio Souza (2019) señala la importancia de la formulación de Lacan sobre el "complejo de intrusión", descrito en el artículo "Los complejos familiares en la formación del individuo", de 1938. Lacan postula la existencia sucesiva de tres complejos que desempeñan un papel organizador en el desarrollo psíquico. El complejo del destete, primero de esa serie, es sucedido por el complejo fraterno, en la figura del complejo de intrusión, que antecede al complejo de Édipo. Souza llama la atención sobre el momento delicado que el sujeto vive cuando, en el declive del complejo de destete, se enfrenta a un intruso, representado por un hermano menor, destacando que esa experiencia traumática constituye una encrucijada para el sujeto, que le permite o involucrarse en la competencia de una situación triangular, que "implica, al mismo tiempo, rivalidad y acuerdo", o, por vía regresiva, retornar al objeto materno y "aferrarse al rechazo de lo real y a la destrucción del otro" (Lacan: 1938, 43).

El destino del sujeto ante esta encrucijada es formulado por Lacan como dependiente de su desarrollo psíquico en el momento del traumatismo de la intrusión. "Sorprendido por el intruso en la desorientación del destete, él lo reacciona sin cesar a su espectáculo: él hace entonces una regresión que se revelará, según los destinos del yo, como psicosis esquizofrénica o como neurosis hipocondríaca; o entonces él reacciona por la destrucción imaginaria del monstruo, que resultará en impulsos perversos, o en culpabilidad obsesiva" (Lacan: id, 44).

La elección de André parece ser la de la destrucción no sólo imaginaria, pero también real, de los hermanos intrusos que le roban, con el imaginario de su presencia, su lugar de falo privilegiado de la madre, lugar que, hasta el momento, parece ser el único que le asegura el mantenimiento de su *uniqueness* narcisista. Se puede entender ese encastillamiento defensivo como consecuencia de una falla de la función a la que Juliet Mitchell se refiere como la de la "ley de la madre" (Mitchell: 2003), función que permite la transcripción de la *uniqueness* narcisista en la *uniqueness* diferencial en la serie de la fratría, la que enseña al sujeto el valor de sus características diferenciales: su hermano es así, usted es diferente. Es esa diferenciación que permite al sujeto ingresar en la dimensión del pacto y de la rivalidad: mis aliados son esos, mis enemigos rivales son aquellos. Por el momento, André, con sus vivencias aéreas, sus vuelos con los pájaros, su exuberancia fálica en el fútbol, en la cometa y en los juegos de pique, vive en un mundo sin rivales, poblado sólo por competidores intrusos que él debe suplantar con su rendimiento fálico o destruir con su violencia ciega, para proseguir en su camino solitario de falo materno indestructible.

**Conclusión**

La decisión de iniciar el tratamiento de los tres niños se relacionó con el entendimiento de que la situación de intimidad sexual entre los hermanos podría revelar no sólo la violencia perpetrada por el hermano mayor a los más jóvenes, sino también indicar un contexto más amplio de conflictos familiares y sociales que se reflejaban en el comportamiento de todos los hijos. La elección del encuadre, que alternó sesiones individuales con sesiones familiares, permitió que la confianza establecida a través de la relación transferencial con los terapeutas pudiera proporcionar la seguridad necesaria para el surgimiento del material clínico que nos permitió avanzar en la intermediación de esas densas relaciones familiares.

**Bibliografia**

Ciccone, A. Les enfants qui “poussent à bout”. Logigues et. liens tyraniques. In: psycanalyse du lien tyraniques. Ciccone, a. et al. Paris, Donod, 2003. P 11-45.

Lacan, J. (1938). “Les complexes familiaux dans la formation de l’individu”. In: Autres écrits. Paris: Seuil (2001).

Mitchell, J. 2003. Siblings. Cambridge: Polity Press. 2008

Souza, O. Conduzindo a rivalidade à mesa. Mimeo. 2019

**Violência familiar e na fratria: flexibilidade do enquadramento psicanalítico**

Maria Cecilia Carvalho (médica /doutora em ciências da saúde - UFRJ)

Creuza Azevedo (psocóloga/ doutora em psicología - USP)

 **Introdução**

Neste trabalho, são discutidos resultados preliminares de uma pesquisa clínica sobre tratamento psicoterápico psicanalítico de núcleos familiares nos quais a violência interfere nas relações fraternas, focalizando a discussão na configuração dos dispositivos clínicos mais adequados para atendimento. O caso apresentado envolve violência familiar em contexto de precariedade social, e o manejo da situação analítica é ainda mais complexo, porque o comportamento violento do irmão mais velho traz risco à segurança da família. Os atendimentos foram iniciados a partir da queixa de abuso sexual de uma criança pequena por seu irmão de 13 anos. A investigação revelou, ainda, a existência de intimidade sexual entre esse último e uma irmã. Diante disso, optou-se pelo atendimento individual das três crianças até o momento propício para propor um enquadramento no qual se intercalassem sessões de psicoterapia individual e familiar e apostou-se na constituição do vínculo transferencial das crianças com seus terapeutas como forma de facilitar a mediação das sessões familiares.

**A chegada**

Em dezembro de 2017, recebemos no setor de psicologia do IFF o encaminhamento de Téo, um menino de quatro anos que se queixara à mãe de abuso sexual realizado por André, seu irmão mais velho. Segundo a criança, o adolescente de 13 anos “colocou o pau dele no meu bumbum”. Irene, mãe das crianças, nos pediu ajuda para lidar com a dificuldade que vinha enfrentando em família por causa do mau comportamento de André, que influía em toda a dinâmica familiar. Três anos antes, ela flagrara André e sua irmã Lúcia, um ano mais nova, mantendo intimidade sexual e, frente ao ocorrido, pediu ajuda ao Conselho Tutelar, que encaminhou o menino para tratamento em um serviço de atenção psicossocial, no qual permaneceu por mais de um ano.

Irene é uma mulher pequena e magra, com as marcas da pobreza estampadas em seu rosto disfarçadas pelo batom nos lábios e pelos brincos com que se arruma. Diz ter 33 anos, seis filhos, sendo que os dois mais velhos, André e Lúcia, são do primeiro marido. Com Davi, seu atual companheiro, tem mais uma menina, dois meninos gêmeos e Téo, a criança enviada para atendimento. Além deles, teve um bebê, que morreu em decorrência de uma pneumonia. Relata o episódio com tristeza e diz que ele era saudável e que talvez pudesse ter vivido. Irene e Davi são catadores de lata, vivem de sua venda e a família tem uma condição social muito precária. As crianças estão matriculadas na escola, mas a recusa de André a frequentar as aulas tem sido um obstáculo para o recebimento do auxílio financeiro a que têm direito pela situação de pobreza.

Irene se esforça para dar o melhor aos filhos e André é o centro de suas preocupações. Além de relutar em frequentar a escola, o menino é acusado de estar roubando, na vizinhança, passarinhos, gasolina, celulares e pequenas somas de dinheiro, já tendo sido ameaçado de morte. Irene conta que a assistente social sugeriu que André fosse entregue ao pai ou encaminhado a um abrigo, mas ela não vai desistir de cuidar do filho. Após a conversa com Irene, combinamos que André, Lúcia e Téo seriam atendidos quinzenalmente, em sessões individuais de psicoterapia.

**Os filhos de Irene**

André é um adolescente forte, com cabelos grandes e encaracolados. No primeiro contato com seu terapeuta, estava fechado, hostil, mas aceitou o convite para tomar um refrigerante no refeitório da instituição e, com isso, a conversa começou a fluir. Nos dois primeiros encontros, somente foram tratados assuntos amenos e não se falou dos motivos que precipitaram o pedido de tratamento, mas, na terceira sessão, o tema “cuidar de pássaros” permitiu ao terapeuta abordar o roubo de passarinhos que tanto preocupava sua mãe.

André se anima, ao falar de passarinhos. Conhece todos: tiziu, coleiro, trinca-ferro, sanhaço e faz uma lista daqueles que já teve. Sabe fazer alçapões, sabe prender os pássaros e conta como os amansa: leva-o para a mata, deixa solto num aposento trancado e bota no dedo, quando ele cansa. Fala dos seus bichinhos que morreram por olho grande dos outros e conta que pegou uma criança querendo roubar seu passarinho - surrou o menino e o botou para correr.

As descrições são minuciosas, vívidas, feitas com uma intensa alegria. André sabe o valor de cada pássaro e faz negócios com eles. Ele diz que estava com um tiziu cantando, mas fez um rolo com ele, porque estavam sem dinheiro e precisavam vir para aqui. Deu 30 reais.

Outra paixão são as pipas. Descreve com minúcias os detalhes técnicos de sua confecção, contando com alegria suas proezas nas disputas em festivais de pipa, suas vitórias, derrotas e revanches. Além dos passarinhos e das pipas, tem o futebol. Ao longo do ano, André contou suas peripécias no campo. Descreve suas jogadas e diz que seu apelido é Usain Bolt, pois ninguém corre mais do que ele. Sua descrições são acompanhadas de uma gestualidade exuberante, que dá ao terapeuta a impressão de uma ilação fálica em um espaço aéreo ilimitado. Em muitas sessões, o analista tenta trazer essa atividade à mesa, procurando localizar os espaços, desenhando mapas dos campos de futebol, do lugar onde solta pipas, das matas onde encontra os passarinhos.

A vivacidade de André ao falar de passarinhos, pipas e futebol contrasta com seu semblante fechado quando o assunto é seu relacionamento com a mãe e as queixas dela sobre seu mau comportamento. De modo geral, ele não gosta de falar de sua vida em casa, mas, em determinado dia, comentou que seus irmãos quebraram seu celular e que isso o deixou com muita raiva, com muito ódio deles. Também não quer falar sobre o abandono da escola, mas acaba aceitando a abordagem do terapeuta sobre esse tema e ri quando este diz que ele é muito brabo! Com avanços e impasses, André se mantém em tratamento desde fevereiro do ano passado.

Lúcia tem 12 anos, está entrando na puberdade, já tem jeito de mocinha. No início do primeiro encontro, na presença de Irene, a terapeuta falou com Lúcia que sua mãe havia nos procurado por estar preocupada com problemas na família, relacionados ao comportamento de seu irmão André. A menina permaneceu em silêncio, de cabeça baixa e, em seguida, a terapeuta pediu que a mãe se retirasse, para darem início à sessão.

 Lúcia gosta da companhia dos irmãos, especialmente da irmã de oito anos, e contou que não foi bem nos estudos e vai repetir a quarta série (sua terapeuta constatou que ela apresenta grande dificuldade na leitura e que sua escolarização é praticamente inexistente). A menina tem boas amigas, mas já teve problemas de relacionamento na escola, quando as colegas implicavam com ela, devido à marca de queimadura em seu rosto, causada por um descuido de seu pai. Em suas sessões, Lúcia utiliza papel e canetas para desenhar, enquanto conversa. Seus desenhos são expressivos; são rostos, bonecos e paisagens, bem coloridos.

Téo é um menino muito bonito, com olhos grandes, pele cor de chocolate e dentinhos de leite estragados pela falta de cuidado. É esperto, afável e comunica-se bem, apesar de ter a fala bastante atrasada para uma criança de sua idade. Logo no primeiro encontro, Téo permaneceu no consultório sem a presença da mãe e encantou-se com o armário de brinquedos. Gosta das ferramentas e as usa para “consertar” a mesa e a porta, como faz quando ajuda seu pai, e gosta das panelinhas, com as quais “cozinha” macarrão e “sopa maluca” para a família.

Na oitava sessão, Téo fez um bolo com massa de modelar para comemorar seu aniversário e pediu para chamar a família para cantar parabéns para ele. André relutou, mas acabou concordando com a brincadeira e todos se divertiram bastante com a alegria do menino. Ao longo do ano, repetiu as atividades em quase todas as sessões e mostrou-se especialmente satisfeito em preparar as refeições para a família. Na última sessão, Téo compartilhou seu espaço com a irmã de oito anos, que viera fazer companhia à família, e mostrou-se bastante contrariado por ter que dividir os brinquedos com ela, deixando de se dirigir à terapeuta. Ouviu calado a explicação de que a irmã fazia uma visita e que, nas sessões seguintes, ele voltaria a se encontrar com a terapeuta sem a presença de outras pessoas. Com isso, o menino voltou a brincar e aproveitar a sessão.

**A mudança do enquadre: os três atendimentos à família**

Depois do encontro em que Téo fez o bolo para celebrar seu aniversário com a família, decidimos que estava na hora de fazer a primeira sessão com todos os membros da família envolvidos no tratamento. A partir de outubro, oito meses após o início dos atendimentos, Irene, André, Lúcia e Téo participaram de uma série de três encontros, com a presença de seus terapeutas.

Irene iniciou o primeiro encontro, contando que Lúcia tem muitas dificuldades de aprendizado, não sendo capaz de fazer operações simples de matemática, e que sofre *bullying* por ser filha de catadora e ter uma marca de queimadura na face. Disse também que todos os filhos são discriminados na escola e já foram molestados por outras crianças na rua.

Diante da fala de sua mãe, André afirma que ele também teve dificuldades de relacionamento com colegas na escola e, a partir desse momento, assume o protagonismo na sessão, passando a falar de si. Disse que, quando chega em casa e tudo está muito quieto, começa a pensar em como pode perturbar os outros e contou que faz amigos na rua e sempre conversa com as pessoas que encontra. André estava animado e disse que gosta de sair com a mãe, pois saem abraçados e as pessoas até pensam que os dois são namorados. Irene contou que André sempre quis tudo para si e mamou até os quatro anos, enquanto Lúcia, um ano mais nova, só mamou durante dois meses, porque ele a impedia de mamar, querendo o seio para si. Durante quase toda a sessão, Lúcia permaneceu quieta, desenhando de cabeça baixa, e Téo tentou chamar a atenção para si, fazendo barulho e implicando com Lúcia. Irene não interferiu e permaneceu com a atenção voltada para André.

Na sessão seguinte, Irene mostrou fotos de seus outros filhos, irmã, mãe e sobrinhos. Contou que o sogro ameaça expulsar André de seu terreno e os filhos complementaram, dizendo que o marido de Irene também é muito violento e briga muito com eles - o homem não é pai de André e Lúcia - e também com seus próprios filhos. Irene queixou-se de que André não deixa ninguém quieto, o que é confirmado pelo rapaz, que disse que o silêncio o incomoda muito e que se aflige quando a família está calma, por isso arruma briga com todo mundo.

No terceiro encontro com a família, André não estava presente, pois saíra de casa na véspera e não retornara. Irene passou boa parte da sessão narrando as terríveis dificuldades do seu dia a dia. O sogro a ameaça de despejo e diz que também vai expulsar Lúcia, embora ela o ajude bastante. A menina escutava em silêncio e Octávio pediu que ela falasse o que sentia ao enfrentar essas dificuldades, mas ela respondeu que estava tudo bem. Téo passou a ocupar nossa atenção, ao oferecer-nos as salsichas que produziu com massa de modelar, e Octávio entrou na brincadeira, fazendo os “pães para o cachorro quente”.

Até o momento, Irene demonstra muita força para enfrentar as adversidades. Nós acolhemos suas queixas e a ajudamos na obtenção de benefícios da proteção social a que tem direito. Além disso, reiteramos a importância de sua perseverança na continuidade do tratamento psicoterápico dos filhos.

**Discussão**

Duas questões destacam-se no conjunto das observações das sessões e serão trazidas para análise preliminar. A primeira diz respeito ao papel do filho menor no contexto familiar. Téo, que fora o disparador dos atendimentos de seus irmãos pela denúncia da violência fraterna, também nos deu o sinal da chegada do momento do início das sessões familiares, quando, ao preparar uma festa para a família, remeteu-nos ao fato de que a presença regular de todos estava vinculada a uma questão localizada no cerne das relações familiares, e que esta já poderia ser trabalhada no grupo.

 Mesmo sendo muito pequeno, Téo revela, na expressão de suas brincadeiras, um apurado senso de pertencimento à sua família e demonstra um apreço especial pelo cuidado do grupo. Outra observação interessante é que Téo preza muito o espaço e o tempo dedicado a ele em seu tratamento, o que pode ser notado quando houve uma quebra no enquadre com a participação de sua irmã de nove anos na sua sessão. Téo mostrou seu desagrado ao não querer dividir os brinquedos com ela e optar por ficar quieto, de cabeça baixa, em um canto da sala. Aceitou mudar sua atitude quando lhe foi dito que essa situação fora especial e não se repetiria mais. A situação serviu como alerta para a importância da reflexão sobre a flexibilidade do enquadre no modelo de tratamento proposto, que deverá envolver atendimentos individuais e familiares de forma alternada, sem afetar a integridade da relação transferencial com seu terapeuta.

A segunda questão relaciona-se ao lugar do filho mais velho no seio da família. André desbancou a irmã mais nova, tomou-lhe o seio quando era bebê e continua a ser o centro das atenções da mãe e do resto da família. Todos gravitam em torno dele, seja por temer sua presença agressiva, que perturba o silêncio dos irmãos por não suportar a quietude, ou por temer seu desaparecimento, que pode acontecer a qualquer hora, por causa do seu jeito arriscado de levar a vida. A violência onipresente nas relações familiares é o paradigma da existência de André.

Ciccone (2003), ao tratar dos laços tirânicos, indica-nos um caminho para a compreensão do funcionamento de André como filho onipotente e tirânico, que impõe a lei e controla sua mãe e seus irmãos, mantendo-se viril e sem contato com sua própria fragilidade. Ciccone compreende a tirania como um silenciamento, uma defesa contra o desamparo e a dependência. As ações abusivas de André contra seus irmãos talvez ilustrem de forma emblemática o caminho subjetivo que se construiu e favoreceu seus comportamentos perversos, provavelmente advindos de sua experiência de abandono e intrusão, a partir do nascimento de Lúcia.

Octavio Souza (2019) assinala a importância da formulação de Lacan sobre o “complexo de intrusão”, descrito no artigo “Os complexos familiares na formação do indivíduo”, de 1938. No artigo, Lacan postula a existência sucessiva de três complexos que desempenham um papel organizador no desenvolvimento psíquico. O complexo do desmame, primeiro dessa série, é sucedido pelo complexo fraterno, na figura do complexo de intrusão, que antecede o complexo de Édipo. Souza chama a atenção para o momento delicado que o sujeito vivencia quando, no declínio do complexo de desmame, se depara com um intruso, representado por um irmão mais novo, destacando que essa experiência traumática constitui uma encruzilhada para o sujeito, que lhe permite ou aceder à concorrência de uma situação triangular, que “implica, ao mesmo tempo, rivalidade e acordo”, ou, por via regressiva, retornar ao objeto materno e se “aferrar à recusa do real e à destruição do outro” (Lacan: 1938, 43).

O destino do sujeito diante dessa encruzilhada é formulado por Lacan como dependente de seu desenvolvimento psíquico no momento do traumatismo da intrusão. “Surpreso pelo intruso na desorientação do desmame, ele o reativa sem cessar ao seu espetáculo: ele faz então uma regressão que se revelará, segundo os destinos do eu, como psicose esquizofrênica ou como neurose hipocondríaca; ou então ele reage pela destruição imaginária do monstro, que resultará em impulsões perversas, ou em culpabilidade obsessiva” (Lacan: id, 44).

A escolha de André parece ser a da destruição não apenas imaginária, mas também real, dos irmãos intrusos que lhe roubam, com o imaginário de sua presença, seu lugar de falo privilegiado da mãe, lugar que, até o momento, parece ser o único que lhe garante a manutenção de sua *uniqueness* narcísica. Pode-se entender esse encastelamento defensivo como decorrência de uma falha da função a que Juliet Mitchell se refere como a da “lei da mãe” (Mitchell: 2003), função que permite a transcrição da *uniqueness* narcísica na *uniqueness* diferencial na série da fratria, aquela que ensina ao sujeito o valor de suas características diferenciais: seu irmão é assim, você é diferente. É essa diferenciação que permite ao sujeito ingressar na dimensão do pacto e da rivalidade: os meus aliados são esses, meus inimigos rivais aqueles. Por enquanto, André, com suas vivências aéreas, seus voos com os pássaros, sua exuberância fálica no futebol, na pipa e nas brincadeiras de pique, vive num mundo sem rivais, povoado apenas por concorrentes intrusos que ele deve suplantar com sua performance fálica ou destruir com sua violência cega, de modo a prosseguir em seu caminho solitário de falo materno indestrutível.

**Conclusão**

A decisão de iniciarmos o tratamento dos três meninos relacionou-se ao entendimento de que a situação de intimidade sexual entre os irmãos podia revelar não apenas a violência perpetrada pelo irmão mais velho aos mais novos, mas também indicar um contexto mais amplo de conflitos familiares e sociais que se refletiam no comportamento de todos os filhos. A escolha do enquadre, que alternou sessões individuais com atendimentos à família, permitiu que a confiança estabelecida através da relação transferencial com os terapeutas pudesse proporcionar a segurança necessária para o surgimento do material clínico que nos permitiu avançar na intermediação dessas densas relações familiares.

**Bibliografia**

Ciccone, A. Les enfants qui “poussent à bout”. Logigues et. liens tyraniques. In: psycanalyse du lien tyraniques. Ciccone, a. et al. Paris, Donod, 2003. P 11-45.

Lacan, J. (1938). “Les complexes familiaux dans la formation de l’individu”. In: Autres écrits. Paris: Seuil (2001).

Mitchell, J. 2003. Siblings. Cambridge: Polity Press. 2008

Souza, O. Conduzindo a rivalidade à mesa. Mimeo. 2019